dido? ¡Ah! Si yo la cogiese... ¡Si me fuera posible devolverle el mal que ha hecho, matarla como ella lo ha matado... creo que, antes de darme ese placer, ese grandísimo goce, la interrogaría, querría saberlo todo!

---

## XII

4 de Julio.

Luisa Bauquet ha llegado ayer, el día 7, á la hora indicada. La he encontrado con los ojos cargados y la cara flaca. Como el viaje de París á Boloña no ha podido cansarla mucho, supongo que la señora de La Bére, como ésta misma me lo hizo presentir, la habrá hecho trabajar demasiado estos días. Pero conmigo, que no he de exigirle un gran trabajo, y con la ayuda del aire del mar, se repondrá pronto. Las caras estropeadas como la suya se estropean más por cualquier cosa. La belleza de los pocos años se altera con más facilidad que una belleza seria que conserva los rasgos de su regularidad, la pureza de sus líneas, aun después de algún cansancio. Porque soy demasiado justa para desconocer que

esta muchacha, sin ser bonita, es muy agradable. En el siglo pasado los hombres hubiesen dicho al verla: "Tiene el aire tunante, la mirada asesina.„ Hoy, deben aplicarle esta frase, de la cual abusan, pero que expresa bastante bien el pensamiento: "No es bonita; es peor que bonita.„

Guapa ó fea, con tal que me convenga, estoy contenta; y creo que me convendrá. La señora de La Bére tal vez no me haya engañado al decirme que es una criada modelo, capaz de servirme de señorita de compañía si es menester. Para demostrar á mis criados que la destino también para ese cargo, que la coloco algo por encima de ellos, le he designado una alcoba próxima á la mía, y he decidido que almuerce y coma sola, á las mismas horas que yo. Así consigo mi objeto: la elevo á los ojos de los demás, estoy menos aislada de noche en este caserón enorme, que me parece vacío desde que su amo no vive en él y desde que, por lo tanto, he disminuído considerablemente el número de criados. Si se me ocurre, puedo, al levantarme de la mesa, llamar á mi señorita de compañía para salir de paseo con ella. Sus quehaceres no quedarán desatendidos, porque cuando tenga que salir



los atenderá una criada del país que estará al efecto á sus órdenes.

Todo esto arreglado, ayer, después de comer, pasé la velada en mi balcón, contemplando el mar, y me acosté cuando tuve sueño sin llamar á nadie. Hasta esta mañana, pues, no me ha sido dado apreciar á Luisa Bauquet como doncella. Deseosa sin duda de mostrarme su celo desde el principio, de darme lo antes posible la prueba de lo que sabe hacer, espiaba el momento en que yo despertase. Apenas se entreabrieron mis ojos, entró en mi alcoba, y lentamente, de puntillas, sin tropezar en ninguna parte, como si no estuviese á oscuras, se ha acercado al balcón para descorrer el cortinaje, con precaución y como si temiese deslumbrarme si abría de pronto.

—¿Hace buen día?—le he preguntado, por decir algo y con objeto de que viese que estaba bien despierta.

—Magnífico, señora Duquesa.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Oh! ¡Qué tarde! Aquí, ordinariamente, soy muy madrugadora. Voy á levantarme.

Enseguida, muy de prisa, pero sin hacer ruido, se ha acercado á mi cama, me ha dado

en un momento lo que necesitaba para levantarme, como si ella misma lo hubiese dejado en orden la noche antes, y, arrodillándose, ha comenzado á ponerme las medias. Ordinariamente esto lo hago yo sola, porque la doncella que tenía anteriormente se daba muy malas trazas. Ésta me ha parecido hacerlo tan bien que la he dejado. Sin duda vestía de pies á cabeza á sus anteriores señoras, y por no perder algo en el concepto suyo no he querido demostrarle, saltando de la cama, que amenudo las Duquesas se hacen servir menos que las señoras de la clase media.

Como no basta para ser una buena doncella saber calzar y poner una bata, esperaba para juzgarla otra habilidad, un ejercicio más difícil.

Después de haber tomado mi desayuno, que ella me sirvió en el veladorcito de costumbre, porque sin duda por instinto conocía ya todas mis manías, pasé á mi tocador y le dije que me peinase.

—¿Qué peinado desea la señora Duquesa?—me preguntó.

—El mismo, éste. Mientras dure el luto no podré ponerme otro.

—Es que—hizo observar dulcemente—la



señora no podrá juzgarme si le hago un peinado tan sencillo.

—¡Ah! Suponéis—dije alegremente—que deseo saber á qué atenerme sobre vuestras habilidades.

—Sería una cosa muy natural.

—En efecto, como es natural también daros ocasión de que las mostréis. Peinadme á vuestro gusto. Si lo hacéis demasiado historiado, si no resulta bastante sencillo, lo desharéis otra vez. Por hoy sólo se trata de un ensayo hecho en mi cabeza, como si fuera la de un maniquí.

Ella rió, como yo misma reía, pero de una manera discreta, respetuosa. Luego puso manos á la obra, y debo confesar que jamás había visto mano más hábil trabajar en mi cabeza. Si entre mis cabellos, sueltos en espesas ondas sobre mis hombros, su peine encontraba algún mechoncillo rebelde, enredado, en vez de hacer fuerza para tratar de romper el obstáculo, lo cual destroza el pelo, lo deshacía suavemente, con la punta de sus dedos, que se movían tan ligeros y suaves que yo apenas los sentía.

Se le habría podido reprochar que andaba un poco despacio en esta especie de trabajo

preliminar, de entretenerse algo en él, como si sus manos fueran perezosas. Pero yo no pensaba en quejarme, porque me iba adormeciendo poco á poco, como sucede amenudo cuando una se encuentra bajo la influencia de las caricias del peine. Esa somnolencias, esa languidez que jamás había experimentado yo en caso semejante, me daban una especie de bienestar, me producían cierta dulce voluptuosidad, y me entregaba á ella.

Mis ojos, sin embargo, no estaban enteramente cerrados: á través de las pestañas, muy juntas, pero aun abiertas, veía en el espejo que se hallaba delante de mí á Luisa Bauquet que subía y bajaba el brazo, que pasaba de derecha á izquierda, que se retiraba un poco para ver el efecto, para juzgar su obra, que ahora iba adelantando. Debía estar muy satisfecha, pues algunas veces, inclinada hacia mí, parecía estar admirándome en verdadero éxtasis. Por mi parte, yo, medio dormida, la seguía con mirada complacida, y no podía menos de encontrar muy graciosos todos sus movimientos, todas sus posturas, su fisonomía tan rica en variaciones de expresión, con sus ojos vivarachos, sus narices siempre agitadas, y la puntita de la lengua, que embebida



en el trabajo, ella paseaba distraída por sus labios rojos.

Ya no era la doncella reservada, correcta, que yo había visto en mi casa y en la de la señora de La Bére. Era una artista que tomaba en serio el trabajo de peinar, que se elevaba hasta el arte y se aplicaba á él como un pintor se aplica al cuadro, ó como un escultor á la estatua que hace. ¿No he oído yo á un modisto célebre, al cual preguntaba su opinión sobre un cuerpo de vestido, responderme: «Ruego á la señora Duquesa que me deje tiempo para inspirarme, para aislar mi pensamiento?» Y enseguida, para inspirarse y aislarse, levantó la mirada al cielo, como sin duda la elevaban Rafael ó Murillo cuando creaban sus vírgenes.

De pronto, enmedio de mi somnolencia, que me tenía más dormida que despierta, creí sentir un soplo cálido en mis cabellos y también algo así como el contacto de una cosa que quemaba y que estaba un poco húmeda.

—¿Qué es eso?—dije sobresaltada y retirando la cabeza.

—Nada—respondió vivamente Luisa Bauquet.—Me estorbaba un pelo de la señora Duquesa, porque se empeñaba en sobresalir de

los otros, y no teniendo tijeras á mano, lo he cortado con los dientes.

Al mismo tiempo se había empinado y me enseñaba por el espejo, entre sus dientes diminutos y sus labios entreabiertos, un pelo rubio.

Medio sonriente, medio seria, le dije:

—Otra vez servíos de las tijeras. Os vais á estropear los dientes haciendo eso.

—¡Oh!—me replicó ella.—Los cabellos de la señora son demasiado finos para eso; jamás he visto otros más hermosos, ni de un color más bonito.

—Veamos lo que habéis hecho—dije por variar de conversación y evitar sus piropos.

Al levantarme me acerqué más al espejo y contemplé mi peinado.

Me había hecho lo que se llama, según creo, un casco á lo Minerva, que me sentaba á las mil maravillas. Hacía mucho tiempo que no me veía tan bien peinada ni tan guapa. En mi alegría, en mi satisfacción de amor propio femenil, no pude menos de decir:

—Está muy bien, muy bien. Tenéis verdaderamente mucha habilidad.

—Puesto que la señora Duquesa está satis-



fecha—replicó ella,—me atreveré á pedirle una recompensa.

—¿Cuál?

—Que conserve ese peinado todo el día.

—¡Ah! ¿Queréis tener tiempo de admirar vuestra obra?

—Quisiera sobre todo admirar más tiempo á la señora Duquesa, que está muy guapa así.

—¿Verdad que sí?—dije ingenuamente con cierta tontería, porque cuanto más me miraba, más veía que tenía razón. Pero enseguida, para castigarme por mi vanidad y tal vez también para castigarla por su exagerado entusiasmo, añadí sentándome:—No, no quiero estar así. Despeinadme.

Ella obedeció sin murmurar; deshizo en un instante su bonita obra, é hizo otra mucho más sencilla, más del caso.

—Tampoco está mal—dije para consolarla. Pero en realidad no me encontraba tan bien. El casco á lo Minerva me sentaba mejor, me hacía más guapa.

Luego me puse un sombrero, no una pamela de campo, sino un sombrero de luto riguroso, de viuda, y bajé al parque y luego al jardín, con objeto de coger unas florecillas silvestres y hacer un ramo de margaritas.

Cuando hube terminado esa tarea, cogí mi *Diario* y me puse á relatar lo sucedido aquella mañana. Al leerlo después de escrito, me pregunté á mí misma por qué he hablado tanto de Luisa Bauquet. Perfectamente que me interese como doncella y como peinadora. ¿No es natural que desee saber á qué atenerme sobre una persona que ha de estar á mi servicio? Perfectamente también que observe su habilidad, su tacto, sus buenas maneras. Son cualidades de su oficio y que debo hacer constar con placer, porque me harán la vida más cómoda. Pero ¿por qué preocuparme de su aire, de su cara, por qué escribir al principio de este último capítulo que cuando llegó parecía llegar cansada? Busco, porque siempre me ha gustado analizar, los sentimientos, las ideas á las cuales obedezco, hasta cuando se trata de hechos insignificantes, de cosas menudas ó de personas de poco más ó menos.

Después de haber buscado, creo encontrar la razón. En primer lugar, estoy sola aquí, lejos de toda noticia, privada de toda distracción; la llegada de esta muchacha un poco extraña, que parece ser superior á las de su condición, ha sido para mí un pequeño acontecimiento. En París, enmedio de mi animada



vida de costumbre, hubiese pasado inadvertida y no me hubiera preocupado de ella. Aquí pienso en Luisa más de lo que se merece.

Esta atención que le presto tiene tal vez otro motivo tambien más verdadero, más serio. Á consecuencia de una especie de alucinación, de cierto cansancio de cerebro, me asombró un momento cierto parecido, y á despecho mío, á pesar de mi voluntad, todavía hay momentos que me asalta aquella idea. Mi primera impresión no se ha borrado por completo. Acaso sigo viendo en Luisa Bauquet á Melinita. Esto pasará, como pasa todo. No me preocupo de ello. Sin embargo, me alegro mucho de haberme sometido á un interrogatorio, para no asombrarme más de que el nombre de la doncella que acabo de tomar aparezca amenudo en las páginas de mi *Diario*, escrito en verano, en plena temporada de campo y de ocio.

---